

PRECIO: \$ 1.50

REVISTA



DE ARTES Y LETRAS

Año II - N.º 1

1.º de Enero de 1918

Ediciones de ARTES Y LETRAS
(LOS DIEZ)

UN POBRE DIABLO

Era, el tal, un pobrete de esos que no llaman la atención por cosa alguna, a no ser por lo desastrado de su talante, lo desmadejado del cuerpo, la lentitud en el andar y una como vejez anticipada y prematura, que no acertáramos a decir si se debía a las arrugas de su rostro apergaminado o a lo añejo y deformado de su indumentaria, manchada por muchos lodos y mojada por muchas lluvias. Flaco y encanijado de cuerpo, de mediana estatura, usaba luengas barbas, con lo que tenía cierta curiosísima traza de Cristo pobre, acrecentada por el dulce mirar de sus ojos negros, empapados en la mansedumbre humilde propia de bueyes rendidos por duro trabajo, al atardecer. Parecía gastado antes de dar ningún paso, como si su naturaleza tuviera resortes muelles y vencidos.

Sin necesidad de esfuerzos, ni de prolijas averiguaciones, ya se advertía cuál debiera ser su historia, si cabe llamar historia la vida humilde de un hombre que se había deslizado silencioso al través de la estepa solitaria del Universo, sin dejar huella, sin meter ruido, sin hacer cosa de provecho, sin señalarse entre los demás hombres ni por sus ambiciones ni por sus altos hechos, ni por su suerte, ni por su figura, ni por su ingenio. Mas, si era uno de tantos, no por eso era un ser vulgar, pues había en él una nota enteramente personal y característica.

Más de una vez le contemplé curiosamente, de reojo, al verle

sentarse en el mismo banco de la Alameda en el cual de ordinario me sentaba, cansado ya de mis paseos hasta la Estación Central de los Ferrocarriles. En cambio, él nunca paró mientes en mí; advertí que su mirada se perdía a lo lejos, incierta, incolora, con la misma expresión de cansancio y dejadez que se advertía en su tardo paso.

¿Quién era? Nadie lo sabía, ni a nadie le importaba averiguarlo, mas llegó a mi conocimiento por una de esas casualidades impensadas que se dan con frecuencia. Un amigo mío le saludó al pasar, y respondiendo a mis interrogaciones, me expresó que era copista en una notaría de provincia, a donde le llevara la necesidad de estudiar escrituras para un litigio que tenía entre manos. Allí los otros escribientes le tomaban el pelo, llamándole, a voces, «Don Casto». Su verdadero nombre era Calixto Celada, y parecía lo que se llama un pobre diablo...

Poco se sabía de él, ni de sus padres, pues le tenían como hijo de una mujer ordinaria y de padre anónimo. Era un tanto perezoso y de ánimo distraído, aun cuando de buena pasta, y asiduo en concurrir a la oficina. Más no me dijeron, ni me importaba saberlo.

Mientras mi amigo hablaba, desfilaban delante de nosotros las muchachas elegantes que concurren a esa hora de paseo. Destacábanse las siluetas finas, los trajes de tonos claros, vestidos y zapatitos blancos, ojos negros, cuellos delicados: toda una primavera encantadora que parecía completar la verdura dorada del follaje, la frescura del aire, la transparencia de la atmósfera. Los automóviles pasaban por las calles laterales haciendo zumbir sus máquinas y resonar las bocinas, dando traza moderna al paisaje, mientras un enjambre de mujeres salía de la iglesia de San Vicente, y su vista ponía en el alma como un retoque de suave reposo. La muchedumbre pasaba delante de nuestro banco, hombres atareados de rápido andar, niños con libros debajo del brazo, jóvenes, hombres del pueblo, ayas inglesas con amplias cofias, acompañadas de chicos y de perros de raza.

Y el tipo aquel, don Calixto, continuaba sentado en un banco cercano del nuestro, perdida la mirada en lejanías vagas,

como si buscara, en vano, algo que no aparecía. No nos preocupamos más de él, distraídos por la aparición radiante de una muchacha encantadora, Pepita Aliaga, tan celebrada en los saraos santiaguinos, en los cuales bailaba de manera exquisita, el tango, primero, y luego el *Fox-trot* y el *Exitation*. Su cabellera rubia formaba como un nimbo de oro a sus ojos negros, rasgados, y sus dientes albos resaltaban frescos sobre su boca pequeña y roja, desprendiéndose de su persona toda, el perfume exquisito de su gracia. Mi amigo, entusiasmado, y en pleno «flirt», se le reunió, y luego, en compañía de la Miss, se perdieron entre la multitud.

Pasaron los meses, la vida prosiguió su curso como de costumbre, y después de vivir encerrado algún tiempo, dado por completo a mis estudios, me recibí de Doctor en Medicina y Cirugía, para servir a ustedes. Dejaron de llamarme Manuel, como antes, y pasé a Doctor Zeballos, ayudante de clínica en San Borja, en espera de clientela que no se apresuraba. Mi sala de espera se hallaba vacía, salvo uno que otro pobrete y algún amigo que no me pagaba, por cierto, y que todavía creía hacerme gran favor con su presencia y la prueba de confianza que me daba.

Recuerdo que uno de los primeros llamados que tuve fué a la casa de pensión de doña Sinforosa Gallegos, en la calle de Carreras, cerca del Parque. Lleváronme a una pieza del segundo patio en donde estaba el enfermo. No había sino un pedazo de alfombra raída, en el centro, con una mesa, un par de sillas de Viena, un ropero sin espejo, lavatorio de madera pintado de negro y un catre de hierro. No fué poca mi sorpresa al hallarme con el pobre diablo con cara de Cristo pobre. Su temperatura era muy alta y había pasado la noche delirando. Pareciome, a primera vista, que se trataba de pulmonía, nada menos. Al tomarle el pulso noté en su mirada, que parecía reconocermé. Le puse termómetro, y mientras aguardaba, mi vista cayó maquinalmente sobre la pared, tapizada de grabados, de periódicos ilustrados y con retratos de rostros desveídos, amarillentos algunos, de viejos retratos con trajes pasados de moda, fotografías de provincias, una señora gorda,

de manto, un señor, con sombrero de copa, sentado en el fondo de una barca, y con bastón y guantes en la mano, un niño en traje de primera comunión y otras cosas por el estilo. Pero, lo que despertó mi curiosidad de manera extraña, fué ver, en medio de todos ellos, un hermosísimo retrato de Pepita Aliaga, tomado de alguna revista, y colocado en marco. ¿Qué hacía en semejante lugar ese retrato?

Retiré el termómetro, le formulé varias preguntas que me contestó con voz tranquila y metal de bajo cantante, en tono sencillo, suprimiendo los finales de las palabras, al hablar en tono rápido, como suele hacerse en provincia.—«Disculpe la pobreza... soy corrector de pruebas... y estoy de pára con la enfermedad... no puedo vivir en palacio... cada cual se arregla con lo que Dios le ayuda... no ando muy boyante ahora... y con esta enfermedad... otra te pego».—Traté de alentarle con buenos modos, y mientras escribía la receta sobre la mesa que no estaba muy firme, quise adivinar, en vano, qué hacía en aquella pieza el retrato de Pepita. ¿Dónde la había conocido? ¿Qué hacía en medio de tantos otros, recuerdos, sin duda, de familia? Mi pensamiento, con la rapidez del relámpago se hundió en conjeturas, formando dramas y forjando todo género de fantasías y de suposiciones aventuradas y románticas. Luego, haciéndome el distraído, me puse a dar vueltas entre las manos un libro, y me encaré con él:

—¿Conoce usted a esa señorita?

Vi que enrojecía hasta la raíz del pelo.

—Jamás he hablado con ella,—contestó sencillamente, bajando la vista.

Abrí el libro, eran las poesías de Enrique Heine.

«—Por lo visto usted es aficionado a los versos.»

«—Sí, a los de Heine... me los sé de corrido... escuche usted...»:

Y se puso a recitarme con voz cobriza y apagada:

«Tu mano apoya contra el pecho mío;

«¿Oyes de un rudo golpe la inquietud?...

«Es que hay adentro un carpintero impío

«Que labra mi ataúd...

«Y no cesa un instante el golpe fiero,
«Y en vano intento al sueño recurrir...
«Acaba!... acaba pronto, carpintero,
«Y déjame dormir!»

En mi condición de médico, acostumbrado a lidiar con realidades, males y podredumbres, no soy muy dado a versos, pero hago una excepción para poetas como Heine y Musset. Ahora bien, fuerza me será confesar que antes de aquel momento, no le conocía, a pesar de haberle oído recitar más de una vez. ¿Qué me pasaba?... Sentía que para comprenderle era menester una pieza enladrillada y pobre, con alfombra raída, muebles míseros y desastrados, el papel de las habitaciones desprendido por la humedad de las goteras, un traje pasado de moda sobre una silla desvencijada, obscuridad en la habitación destartada, la miseria en lo sórdido de su desnudez equívoca, transparentada hasta por la gruesa tinaja de la cual se desbordaba el agua en el patio, formando charcas fétidas, mientras la brisa de la tarde movía las ropas blancas tendidas en los terrenos baldíos del fondo, sobre cuerdas. Y en lo más íntimo de aquel cuadro sucio y triste, en el centro del grupo de retratos de la pared, la imagen radiante, elegantísima y fina de una bella muchacha a quien el pobre diablo conocía sino acaso de vista, con la cual nunca llegaría a cambiar dos palabras acaso, que encarnaba para él lo inaccesible, un ser de otro planeta, pero que lo iluminaba todo con la fuerza inmensa de las visiones interiores. Era algo que constituía acaso su felicidad y su desgracia. Era la Diosa... y era, también, el carpintero impío... que labra lentamente el ataúd...

*
* *

Trascurrió algún tiempo después de aquella escena, y ya le había dado de alta, como sano. Por cierto que ni le pasé cuenta, ni fué por casa en busca de ella, lo cual me tenía sin cuidado. Le tomaba como uno de tantos tipos raros que encontramos al volver de cada esquina, sin parar mientes en ellos. Así, gradual-

mente, se fué borrando de mi memoria tanto su figura como el recuerdo de su existencia.

Pasados algunos meses, volvía del hospital, terminada ya la hora de mi clínica, por la acera del sol, un triste sol de invierno, descolorido y pálido, que bañaba en luz el paseo de las Delicias, filtrándose por las ramas esqueletadas de los árboles. Las últimas hojas rojizas se arrastraban por el suelo, entre niños que corrían, vigilados por ayas inglesas. Una que otra pareja de muchachas elegantes se deslizaba envuelta en pieles, a paso largo. Muchachuelas sucias y desarrapadas pedían limosna con tono lastimero de mendigas profesionales, encarándose de preferencia con los señores que conversaban con damas. Hombres del pueblo, con la raída manta al hombro, caminaban sin hacer ruido, a paso gimnástico. El tráfico matinal era animado, como de costumbre, a esa hora. Carros pesados, carruajes de alquiler, automóviles, carromatos, se cruzaban en todas direcciones.

De pronto, ví que se formaba grupo en una esquina, amontonándose la gente, a la manera que sucede siempre con los atropellos, los heridos, los robos o hechos de sangre en cualquier forma, trátese de riñas callejeras o muertes repentinas. Acudí, movido de curiosidad. Habían chocado violentamente dos automóviles, un Ford y otro particular. El accidente no era de importancia; tratábase de faroles y cristales rotos. Alcancé a llegar en circunstancias en que un individuo abría la portezuela y daba la mano a Pepita Aliaga que bajó en compañía de su hermana Luz. Estaba intensamente pálida y manaba sangre de su mano izquierda herida al romperse los cristales. Al verme llegar el tal sujeto me llamó por mi nombre:—Venga, doctor Zeballos... Le miré, no poco extrañado de que me conociese. Era Celada... el pobre diablo con cuyo nombre no acertaba a dar en un principio. Había enrojecido, creí que se acordaría de la cuenta, y a pesar de lo crítico de la situación no acertaba a contener la risa.

Fuí con Pepita a una botica cercana, en donde le hice la primera curación, un simple lavado desinfectante. Como se tratara de leve rasguño echamos el caso a broma y nos pusimos a charlar. Pepita reía y hablaba con la locuacidad frecuente en

casos tales, cuando se acaba de salvar algún peligro, condición propia de la excitación pasajera de los nervios «—Mañana pasaremos juntos a la celebridad, le dije, Ud. por el accidente, sin duda comentado por los diarios en «La Vida Social», y yo en calidad de salvador de una persona interesante». «—Así es no más, agregó ella, soy la primera en reconocerlo, pues ya la modestia es cosa pasada de moda, y en eso sigo el consejo de mi abuelita, o como ahora se dice, de «Gran Mamá»: alábate, hijita, que tus amigas se encargarán de sacarte el cuero, llegado el caso». «—Lo que es la tía Enriqueta Victoria, quedará encantada en cuanto lleguemos, interrumpió Luz; para ella no hay felicidad mayor que curar enfermos, recibir visitas, o hacer compotas y mermeladas. Ahora va a tener enfermos y visitas de todas las amigas».

En la puerta de la botica se había formado un grupo compacto de curiosos. Pepita les miró distraída, y luego, volviéndose me dijo, bajando los ojos: «—¿Quién es aquel señor?» y me indicaba a Celada... Me ocurrió entonces, como suele sucederme, que olvidé su nombre. Y mientras ponía mi majín en prensa, teniendo la palabra en la punta de la lengua, como vulgarmente se dice, tuve la ocurrencia de contestarle con otra interrogación: «—¿Por qué me lo pregunta?...» «—Porque... porque... desde hace tiempo me persigue por la calle como mi sombra...» «—Es un pobre diablo...» «—Ya lo sabía... y por eso mismo se lo cuento... si no me lo callaría para no ponerme en ridículo refiriendo esas cosas...» Y luego, como arrepentida de lo que había dicho, agregó: «—Pero se ha portado bien... en el momento del accidente... al verle que saltaba junto al auto y abría la puerta... no sé porqué me sentí más tranquila». «—Habrá coqueteado alguna vez con él, por divertirse». «—Ud. está loco, doctor...»

El pobre diablo había desaparecido.

*
* *

Aquel incidente insignificante pasó en una hermosa mañana del mes de Octubre. La vida es así. Se compone de pequeñas

cosas, de sucesos triviales y baladíes, entre los cuales, solo muy a las perdidas aparece el drama con toda su complicación sentimental y trágica. Estaba de Dios que todos los accidentes de esta verídica histórica hubieran de realizarse por la mañana, y si en vez de ser un mero relator exacto de la verdad fuera escritor romántico, pondría como título a este mal hilvanada relación «En una mañana de sol...». Y quedaría tan campante...

Acababa de dejar mi carruaje—pues ya el ejercicio de mi profesión de médico me daba para lujos y hasta para vicios—cuando, en la esquina de la calla de Ahumada con Delicias me asaltó una verdadera banda, no de apaches, sino de señoritas, precedidas de un chico que llevaba en sus manos un estandarte rojo, como el de los anarquistas rusos, con enorme rótulo en letras bordadas que decía «Sociedad de Socorros Infantiles». Era el día de la colecta pública para los asilos de niños. El grupo de muchachas era elegantísimo, a cual más hermosa, todas jóvenes, lujosamente ataviadas, pero en traje de mañana, con ese lujo refinado en que la sencillez aparente, el corte y las combinaciones de colores, revelan hechuras de grandes casas de París. Una de ellas llevaba un cojín con insignias que clavaban en la chaqueta de cada persona que les daba el óbolo de la caridad obligatoria. Pepita, vestida de blanco, presidía la Comisión. Su alta y esbelta silueta se agitaba en medio de todas, impartiendo órdenes y señalando víctimas que sonriendo entregaban inmediatamente el dinero encerrado en bolsa enorme de seda.—«Doctor, nadie pasa sin hablar al portero... Para los niños». Cumplí, como todos, y me detuve un instante a charlar con ellas, pues casualmente las conocía a casi todas. Mi amigo Manuelito Fernández abría en ese instante su cartera y pasaba un par de billetes. Pepita, le colocó la insignia de Caridad en el pecho, con su propia mano. Manolo, viéndola tan hermosa, fascinado acaso por el fulgor de sus ojos aterciopelados, tuvo un atrevimiento: «—Regáleme esa flor, Pepita... aunque más no sea una sola de las violetas de Persia que lleva prendidas». Y le indicó un ramo que llevaba sobre la cintura.—«¿Qué se ha figurado?... ¡ni por nada!...»

Esteban Montes sacó un billete de cien pesos: «Yo le compro ese ramo... tome para sus pobres...».

—«Pero, hijo... ¿qué se ha vuelto loco?... si mis flores no se venden... ni por mil... usted cree, sin duda, que se encuentra en la Feria... Habráse visto frescura... ni aunque fuera sorbete...»

De pronto Luz se paró delante de un señor que cruzaba la calle. Era un tipo raro, flaco, mal trajeado, que llevaba un enorme paquete debajo del brazo.

—«Una limosna para los niños pobres...»

Y cuando alzó la vista, le reconocimos al punto. Era don Calixto Celada, el pobre diablo que cruzara al través de mi vida y la de Pepita como uno de tantos seres inadvertidos, insignificantes, en los cuales no vale la pena detener la vista. Enrojeció, como vulgarmente se dice, hasta lo blanco de los ojos. Acaso sintió vergüenza de verse a tan mal traer, el chaquet negro no muy limpio, ya gastada la cinta del borde, el sombrero estropeado, los toscos zapatos de becerro cubiertos de polvo, la camisa no muy limpia, metido, por primera vez en su vida, en medio del grupo elegante de señoritas que le acosaban en nombre de la caridad y de los niños. Pepita se detuvo junto a él, con leve mohín de disgusto: no le agradaba sin duda que su hermana, en son de broma, hubiera detenido al tal sujeto.

Entonces tuvimos ocasión de presenciar una escena inesperada, extraña y hondamente dramática, de aquellas con las cuales a menudo nos topamos en la vida, sin que acertemos a comprenderlas en la mayoría de los casos. El pobre diablo sacó su cartera con dificultad, embarazado acaso por el paquete que llevaba y que no podía soltar, y la registró desesperadamente. Advertí en su mirada algo como un dejo de amargura, más aun, como un sentimiento de agonía íntima. Sentíase humillado ante la mujer, la única mujer que le importara... la que había seguido de lejos, como perro fiel... la que encarnaba el ideal de belleza y de fascinación que todos los seres humanos ocultan en su pecho... Hubiera querido darle cien pesos... mil.... cuanto poseyera... y no tenía nada... ni un mísero billete de a peso...

¿Han sentido la impresión de un orador que se corta y detie-

ne en su discurso? ¿la que sufren cuantos cerca de él se encuentran en aquel trance amargo? ¿Han sentido ustedes la impresión de ver a un ser humano, humillado, insultado o abofeteado sin que se atreva a contestar? Pues algo de eso sentía yo en aquel momento; de buena gana le hubiera pasado algún dinero para ayudarlo, a poder hacerlo sin que nadie lo notara. Celada se registró entonces los bolsillos, lentamente, pero desesperado, y sacó, por fin, una moneda de veinte centavos.

Pepita la recibió, echándola rápidamente al saco, y le dió las gracias.

El pobre diablo se alejó con su paquete. Llevaba, sin duda, la muerte en el alma... Esteban y dos de las niñas se echaron a reír a todo trapo. Y mientras ellas perecían de risa, yo miraba a Pepita que, con la rapidez del rayo, se desvió del grupo, dándole voces para que se detuviera:

—«¡Caballero!... una palabra...»

Y, desprendiendo su ramo de violetas, cogió un puñado, y con su propia mano las puso en el ojal del chaquet raído.

—«Los pobres no se olvidarán de usted...» agregó.

Y yo, entonces, a mi turno, me aparté del grupo femenino, y con un saludo general, crucé la calle. ¿Saben ustedes por qué me fui? Pues lo voy a confesar, aunque se reían... porque sentí que las lágrimas asomaban a mis ojos. ¡Qué quieren!... yo soy así...

Envidiaba al pobre diablo.

LUIS ORREGO LUCO.